

mentalidad, exquisitamente constituída por elementos varios y preciosos, tiene un vigor imponderable. Hay en él un sexto sentido —el sexto sentido casi táctil que reconocía Taine— para discernir las cosas más sutiles del entendimiento y el ritmo oculto de cada idea, “la pulsación más profunda, el movimiento más fino de cada emoción”. ¡Oh emoción entrañable! ¡Oh antídotos vengadores!

Para que mi retrato físico se acordase con el otro, bríndate su concurso un artista nacional, perito en presentar gráficamente mi degenerada senilidad. Tres dibujos de su temible lápiz la han exhibido ante el país, regocijado de verla, aunque no tanto como la misma víctima de nuestro “Pelee”, ya que sus líneas fueron para mí siempre termómetro político, indicador de la temperatura palaciega. En 1915 y 1917, cuando “seguí la minoría...” —que no lo era antes de entrar a la urna del presdigitador— me retrató aquel genio de la caricatura inspirada, en forma tal, que pedía a gritos un marco de estilo consular. Aquí del Korán: “¡el Remunerador los tenga en cuenta!” Algo muy jugoso oliscas cuando te presentas tú ahora, oh don Lope, en busca de mis “gazapos” y con un pachón al pie, canes que sólo cazan a vista del amo”...

Para ti soy un poeta que ni tiene ni produce emociones entrañables, pero con ciertas cualidades suficientes a realizar el ideal en que soñó Gautier al decir: “El poeta es un obrero (ouvrier); no necesita de más inteligencia que un obrero ni de otro estado que ése, si no quiere hacerlo mal.” Siendo ello así, mi habilidad no puede sufrir detrimento en los años, de que puedo defenderme con un par de anteojos, antes bien acrecentarse, como les ocurre al ebánista y al zapatero, con el prolongado ejercicio. Si fuera yo emotivo de tipo byroniano —con cojera y todo— y hubiese salido ya de la década poética, como nombró el bardo inglés, a la que corre entre los veinte y los treinta años, se explicarían tus aprehensiones, mas en mi caso, ¿qué podría, qué he podido perder con el tiempo?

Callas terriblemente. De hoy más, tu infalible diagnóstico me condena al silencio. Me resigno y callo. Con todo, antes de

hundirme en el abismo a que me arrojas, quiero hacerte una súplica, oh mi dulce enemigo don Lope de Azuero, que satisfará en mi final reposo una abrasante curiosidad mía. Cuando en la penumbra de tu biblioteca continúes investigando sobre Egipto, India y Persia; precisando la labor de los israelitas en la construcción de las Pirámides; celebrando las glorias de Oursitassen I, el fundador de la ciudad de Shodit, la “Creoodilópolis” de los griegos (“La ciudad de los caimanes”, con tu venia), e inquieras la labor de Valmiki en las Teogonías pérsicas, esfuérate en descubrir, como lo hiciera tu émulo Max Müller con la fábula de “La lechera”, si se halla en algún dialecto oriental o en algún papiro egipcio, el texto sánscrito o demótico de este apólogo dialogado que se titula “Crítica al vuelo”:

—Un viento en Valdehorras  
les quitó a seis viajeros cuatro gorras...  
—¿Cuatro gorras, no más, a seis viajeros?  
—Cuatro gorras, señor... ¡y dos sombreros.  
Para hacer objeciones  
¡es preciso muchos calzones!

De don Lope de Azuero, su muy agradecida víctima,

DON MATUSALEN ANARKOS

✱

### ¿BELALCAZAR O BENALCAZAR?

Entre las personas que suelen ocupar las columnas de la prensa periódica y escriben libros, como en el público en que se refleja esta lectura, no existe uniformidad en la manera de escribir o pronunciar la palabra Benalcázar o Belalcázar, que ambas grafías vienen usándose indistintamente. Es, pues, oportuno aclarar cuál de las dos debe perdurar preferencialmente por razones que se apoyen más en la etimología y origen de la palabra, que en el número de autores, ya que se trata de un asunto en que debe predominar entre gentes cultas más la ra-

zón que la mera costumbre equivocada y puesta en práctica por historiadores y comentadores de la vida y hazañas del famoso soldado extremeño, diestro manejador de la lanza y del caballo.

Dividiendo los autores, dice don Marco Fidel Suárez, en antiguos y modernos y llamando del primer modo a los historiadores primitivos de Indias y a los que se extendieron hasta el siglo XVIII, y del segundo a los posteriores hasta el día de hoy, observamos que en el grupo primero fue vario el uso de este apellido, pues unos decían **Benalcázar** y otros **Belalcázar**.

Dijeron **Benalcázar**, continúa, Fernández de Oviedo en su Historia Natural y Moral de las Indias; Castellanos en sus Elegías; Piedrahita en la Conquista del Nuevo Reino; el Palentino en la Historia del Perú; Zamora en la Historia de los Dominicanos del Nuevo Reino; Andagoya en su Relación; Gómara en su Historia de la Conquista de México.

Dicen **Belalcázar**, según la misma constancia, Antonio de Herrera en sus Décadas; Gil González Dávila en su Teatro Eclesiástico; el Inca Garcilaso en su Historia General del Perú; Castellanos en la Conquista del Nuevo Reino; la relación de los servicios del mismo Belalcázar y de su hijo, en el tomo primero de la Historia de Groot; Cieza de León en la Crónica del Perú; Hernando del Pulgar en la Crónica de los Reyes Católicos.

Pero el uso no es regular en todos: anómalo o contradictorio lo es en González Dávila, que escribe **Velalcázar**; en Zamora que estampa **Venalcazar**; en Castellanos, tanto en las Elegías, como en el Nuevo Reino; en Cieza de León, que escribe de distinta manera en la Crónica Peruana.

Entre los modernos escritores, haciendo la misma distinción, de la cual apártanse muy pocos, bien podemos, con la ayuda de Luciano Pulgar, traer la siguiente discriminación:

Escriben **Belalcázar**: Alcedo en su Diccionario Geográfico (aunque con descuido); Velasco en la Historia de Quito; los señores Juan & Ulloa en la relación de su viaje a América; sir Arthur Helps en su historia inglesa de la conquista de América; Uribe Angel en la Geografía de Antioquia; Mosquera en la

Geografía de Colombia; Felipe Pérez en su Geografía, también de Colombia; Jiménez de la Espada en el Prólogo a la Guerra de Quito, por Cieza; y el docto americanista recientemente fallecido Cunninghame Graham en su Conquista de la Nueva Granada, publicada en Inglaterra el año de 1922.

Pero don Pedro Fermín Cevallos, en su Historia del Ecuador, escribe siempre **Benalcázar**, hecho que acredita mucno esta última forma de escritura, por la autoridad literaria del historiador y por el alto puesto que en la historia ecuatoriana ocupa el conquistador **Belalcázar**.

Todas estas citas, que sólo representan un argumento de autoridad que, pudiera decirse, mantienen en aparente equilibrio la definitiva decisión, parecen recibir un refuerzo con algunas disquisiciones críticas de varios autores, y que, en resumen, tomamos de Luciano Pulgar, así:

El Inca dice muy adrede que Sebastián Moyano o **Belalcázar**, así era como se llamaba "por aquel hermoso castillo, y no **Benalcázar** como escriben comúnmente"; de suerte que para Garcilaso, **Belalcázar** es **Bello-alcázar**, en significado de castillo hermoso; y de manera que "alcázar" es originario de **castrum** (castillo) precedido de "al", como enseña Cejador. Esto ofrece un ejemplo de etimología reversiva, pues el latín sube a Mahoma y de allí desciende; como "albaricoque", que dizque provino del latino "precox", de donde ascendió primero a Grecia y luego a la Meca, para bajar después a España. Así también el "cahual" de la pampa argentina fue primero bahual, y antes que todo "caballo", con cuyo significado se conforma aquel americanismo.

Iriarte llega a escribir **Bel-alcázar** en la dedicatoria del poema latino de los Toros que presentó a don Joaquín de Zúñiga, conde de aquel título y heredero del Duque de Béjar.

Nuestro Acosta dice que él a todo trance escribe **Belalcázar**, porque así se llama la villa donde nació el conquistador, puesta en la raya de Andalucía y Extremadura.

Es de notarse, con el doctor Otero D'Costa, que siendo voz arábigo la partícula "alcázar", pues proviene de "alcazr" que

significa “fortaleza”, el precomponente deberá ser lógicamente de la misma lengua. “Ben” proviene de “beni” que en arábigo significa “hijos”, y es vocablo muy socorrido para la formación de los gentilicios árabes, en cuya misión pierde generalmente la “i” final al ligarse con otra palabra que empiece por vocal, huyendo de la cacofonía. Así, “ben (i) alcázar” traduce “los hijos de la fortaleza”, esto es: los nativos del paraje, villa o ciudad, de la fortaleza.

Como en la dedicatoria del Quijote, que hizo el propio don Miguel de Cervantes y Saavedra, aparece ella enderezada al conde de “Benalcázar”, acude aquí Cejador y Frauca afirmando en el diccionario que hizo del Quijote, que la lección “Benalcázar” es errata de todas las ediciones, o disimilación vulgar para evitar las dos eles, por **Belalcázar**, título adquirido por doña Teresa de Zúñiga y Guzmán (tercera duquesa de Béjar), que casó con el quinto conde de Belalcázar. Así se llama, continúa Cejador, una villa con castillo, en la margen izquierda del arroyo de Caganchas, cuatro leguas al norte de Córdoba.

De la edición de “El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha” de Cervantes, editada y anotada por don Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española, de 1922 —Clásicos castellanos—, tomamos la siguiente nota:

Advierte don Clemente Cortejón, siguiendo a Hartzenbusch, que, aunque todas las ediciones que ha consultado dicen **Benalcázar**, la verdadera lección es la de **Conde de Belalcázar**. Disiento de este parecer, escribe el clásico académico: **Benalcázar** y no **Belalcázar**, se llamaba en los siglos XIII y XIV el barrio murado entre fosos que rodeaba al castillo de Gahete y estaba donde el **Belalcázar** de hoy; Fr. Juan de **Benalcázar** se llamó, por ser hijo de este pueblo, aquel franciscano que a fines del siglo XV fue tutor de los hijos de don Gutiérrez de Sotomayor y nombrado obispo de Atenas; y el célebre conquistador de Indias Sebastián de **Benalcázar**, capitán de Francisco Pizarro, que se halló con él en la prisión de Atabalipa, y como teniente suyo conquistó a Quito, se llamó así del nombre de este mismo lugar, en donde había nacido; que por eso escribió

Juan de Castellanos, tratando de este soldado insigne (Elegías de Varones Ilustres de Indias, parte III, en la **Biblioteca de Rivadeneira**, tomo IV, pág. 445):

Y al **Benalcázar** tal nombre le viene  
de ser del pueblo que éste mismo tiene.

Y aunque ya en la segunda mitad del siglo XVI y en todo el XVII era frecuente decir y escribir **Belalcázar**, **Benalcázar** como ahora decían y escribían los bien enterados, y **Benalcázar** hizo estampar, el año de 1611, Cristóbal de Mesa, preceptor del primogénito Duque de Béjar a quien se refiere la dedicatoria de Cervantes, al dirigirle sus **Rimas** (Madrid, Alonso Martín).

Después de todas estas citas, en que se ha traído el sí y el no de la cuestión, queda definido que debe decirse **Benalcázar**, y no de otra manera.

RAMON ZAPATA  
Profesor de Literatura en el Colegio del Rosario.

En nuestro próximo número, y con el debido relieve, publicaremos la respuesta que a la polémica con el doctor

LEOPOLDO UPRIMNY

sobre “Santo Tomás, Simón Bolívar y la Democracia” ha venido trabajando cuidadosamente el doctor

JESUS ESTRADA MONSALVE.